

El estado de la república

SE DICE QUE LA POLITICA ES SUCIA

La opinión habla de la situación de corrupción, clientelismo e ineficiencia que socava a este sistema político que gerencian AD y COPEI. No es una campaña de los medios de masas ni una preocupación específica de ciertos círculos intelectuales. Es el comentario de la gente: en la calle, en los intercambios más o menos casuales, en los encuentros de amigos y conocidos. Pero la gente se siente más golpeada aún por la sordera de los partidos a este clamor general. Se tiene la impresión de que a los partidos sólo les interesa cogerse el poder y retenerlo. Sólo parecen sensibles al grado de popularidad que reflejan las encuestas; sólo parecen inquietarlos las propuestas de transformación que pudieran disminuir su cuota de poder o fiscalizar la discrecionalidad del mismo; y a lo interno sólo resuelan para que sus nombres salgan en las planchas en posiciones ventajosas. Los problemas del país son cada vez más graves, las acusaciones por no saber gerenciarlos llueven de todas partes y es voz popular que los mismos partidos son ya parte del problema. Pero ellos, como decía uno de los inculpados, "tranquilos y sin nervios", repitiendo las mismas palabras altisonantes y huecas que ya sólo suenan a sarcasmo. Piensan que su poder es discrecional, que de hecho no funcionan mecanismos de control y que el pueblo no está organizado y carece de coraje cívico, y por eso siguen su propia inercia, insensibles al país nacional.

Todo esto se viene repitiendo desde hace bastantes años en tono crecientemente. La novedad que estamos comenzando a constatar con gran preocupación es que ya no se trata de críticas puntuales sino que la experiencia acumulada está llevando a demasiada gente a la conclusión de que no hay nada que hacer. Se comienza condenando a los dos partidos responsables, se pasa a enjuiciar al sistema que ellos han ido moldeando a su imagen y se acaba asentando que la política es sucia, es decir que quien se mete en un partido y ocupa un cargo en el gobierno es para robar y por no ser capaz de hacer algo decente y honrado, por carecer de capacidad y voluntad para abrirse paso en la vida sin pisotear al vecino. En definitiva se regresa a la parábola bíblica de los árboles que quieren elegir un rey y al cabo sólo el espiño (infecundo y heridor) se presta para ocupar el puesto (Jue 9,6-15). La frustración es tan profunda que estas personas ya no piensan ni en la cachucha ni en la guerrilla. Al fin todo eso es política. Sólo queda la dejación: retirarse a la vida privada.

¿ADONDE PODEMOS LLEGAR A PARAR?

Este sentimiento existe y bastante generalizado y comprensible. Si llega a arraigarse el resultado puede ser la lucha de todos contra todos, el triunfo de los mejor dotados y menos escrupulosos y la justificación del abandono de las masas depauperadas a su suerte.

La entronización del egoísmo llevaría a una sociedad cerrada, de gremios y asociaciones, de privilegios y luchas por las cuotas de poder, de violencia inusitada. Este sentimiento generalizado sería buen conductor de ideólogos neoliberales, de negociantes sin patria, ni pueblo ni Dios, y de gente que entiende el poder como el ejercicio de un orden impuesto. No faltan militares ni politólogos que nadan en estas aguas. Y desde luego son las aguas del narcotráfico.

Se podría preguntar cómo de la euforia de hace treinta años hemos pasado tan rápidamente a una desilusión tan radical. Y hay que preguntárselo. Pero más importante es superar ese estado de opinión, preguntarnos qué hacer para salir de ese estado de ánimo.

Ciertamente lo único que no hay que hacer es lo que sin embargo se va a hacer: meter a la gente en la campaña a base de mera técnica publicitaria, reanimar momentáneamente al enfermo con un shock fortísimo para que firme el último poder al albacea antes de que recalga en la postración definitiva. Esto sería un crimen. Desgraciadamente será un crimen.

Nosotros proponemos otro ejercicio distinto. Comenzar por poner la vista en nuestros haberes públicos, preguntarnos ¿no tenemos algo valioso que custodiar? Y luego ¿no hay ninguna meta que nos congregue? Y finalmente ¿qué debemos modificar con urgencia para que no se pierda nuestro tesoro y consigamos nuestros mejores propósitos?

¿TENEMOS ALGO VALIOSO POR QUE Luchar?

Empecemos por las FUERZAS ARMADAS. Si dos exministros de la Defensa son prófugos de la Justicia, es obvio que hay en ellas corrupción desde el más bajo al más alto nivel, pero también lo es que hay en ellas mecanismos institucionales que pueden combatirla. Es notorio que hay en ellas elementos que podríamos calificar de gomecistas redivivos (o más bien perezjimenistas) y otros, más peligrosos, que participan en sensiblería y doctrina del espíritu de los regímenes de la Seguridad Nacional, condenados por Dios y por los hombres y de tan macabra ejecutoria ayer mismo en Nuestra América. Pero es cierto que no son excepciones los militares irreversiblemente demócratas, los que piensan que la seguridad nacional no es sólo asunto de armas y de logística sino también de justicia y participación, de cauces de diálogo y de integración de los militares en el conjunto de la sociedad. El que tantos militares venezolanos, inductados en escuelas dirigidas por USA, donde se les ha enseñado sistemáticamente la legalidad del asesinato por motivos ideológicos, no sean gorilas, mantengan incólume el sentido de la dignidad humana y no hayan caído en las prácticas de desapariciones y otras similares que desgraciadamente han sido comunes en los demás ejércitos de América Latina es una gloria de nuestras Fuerzas Armadas que tenemos el sagrado deber de

custodiar. Muchos ejércitos latinoamericanos han sido y aún son asesinos legalizados, avalados por el anonimato que da la institución y de impunidad que da la fuerza. Mantienen a la sociedad en caldad de rehén e impiden la reconciliación nacional. Y son las cabezas de puente para que tropas extranjeras ocupen nuestros países. No merecen honra sino villipendio y exigen una reestructuración desde sus cimientos. Nuestras Fuerzas Armadas no están libres de graves limitaciones, incluso de irregularidades. Pero no han incurrido en ninguno de estos crímenes que claman al cielo. ¿No es urgente que calgamos en cuenta de que esto es un tesoro que no podemos perder? ¿No es urgente que calgamos en la cuenta de que fuera de las Fuerzas Armadas y dentro de ellas hay elementos que empujan en esa dirección?

No podemos decir lo mismo de nuestras POLICIAS a las que la ciudadanía (y sobre todo el pueblo) teme casi tanto como a los malandros. Nuestra policía tortura y también mata y oculta. Pero no es eso lo que da el tono a nuestra policía, como sí lo da en otros países armados. No podemos decir que ellas son meras excepciones; pero creemos que buena parte de la policía está libre de esos crímenes. Lo que acusa la gente es la extorsión, el hábito de reprimir y sobre todo el desinterés bastante generalizado en resolver casos y más aún en proteger a la ciudadanía. Sin embargo hay que reconocerle capacidad técnica: los cangrejos no lo son porque no se dé con la verdad sino porque habiendo dado con ella se la oculta para tapar intereses. Hay que reconocer también que buena parte de eso que la policía tapa lo hace por orden superior, en contra de sus deseos y de su honor profesional. Y esos superiores son los políticos o más generalmente los poderes (los cuatro poderes que denunciara un comisario honrado). Sin la perniciosa ingerencia de los poderes y con un sistema judicial idóneo, nuestras policías son salvables. Son salvables todavía. Probablemente no lo serán mañana si no se aplican estos correctivos. He aquí una tarea urgente que requiere gran coraje cívico. Y que los propios policías (los mejores por lo menos) desean.

Nuestros POLITICOS son hoy el blanco de la ciudadanía. Y con razón. La mayor parte de ellos son incapaces o rapaces. Pero una minoría importante posee genuina vocación de servicio, una trayectoria limpia y reconocida capacidad profesional. Son ellos los que impiden que el barco democrático se hunda. Sin embargo sólo por casualidad pueden llegar a posiciones de mayor responsabilidad y ejercerla sin verse completamente mediatizados. Mientras internamente campee el puro clientelismo y en los cuerpos deliberantes se imponga la fracción en votaciones y comisiones, nada podrá salvar a los políticos del desprecio público. Mientras cada quien no sea responsable de su gestión, mediante mecanismos concretos, ante la ciudadanía que representa es imposible no verlo como un hombre de la maquinaria. Es decir que actualmente quienes vienen dominando esta democracia desde su inicio y han arbitrado mecanismos y se han rodeado de secuaces para que no se les vaya el control son responsables del descrédito en que va cayendo en nuestro país la democracia. ¿Pero

no es un tremendo desperdicio que tantos políticos de raza y vocación calgan en la descalificación universal del político, ellos se frustran vitalmente y el país se vea privado de su necesaria contribución? La política ya ha ingresado en Venezuela en el ámbito de las malas palabras y de las profesiones de dudosa reputación. No es esto deseable ni irreversible. ¿No es hora de pagar el costo necesario en tranquilidad, audacia y creatividad para que esta crisis pueda llegar a convertirse en depuración, ahondamiento y consolidación de la democracia? ¿No es nuestra democracia una muy tardía conquista histórica que vale la pena salvaguardar a toda costa?

NUESTRO MAYOR TESORO

En estos años Venezuela ha crecido mucho más en hombres e instituciones que en magnitudes económicas. En el año 60 Augusto Mijares consideraba la transformación ocurrida en el país desde la muerte de Gómez como una revolución. Según él ella se debía a "un empeño tenaz de la colectividad que, ayudada o no por los gobiernos sucesivos, ha mantenido una continuidad superior a todos ellos". Esta observación, tan certera, es más válida aún tras estas décadas de experiencia democrática. Estamos en la época de las grandes migraciones, está cuajando entre nosotros un segundo mestizaje, se está formando en él un nuevo sujeto histórico. Naturalmente que hay marginación y opresión del pueblo, el crimen de la deuda como la otra cara de la fuga de capitales y tantas otras lacras que solemos fustigar desde estas páginas. Pero no podemos perder de vista que, a pesar de esta institucionalización cada vez más violenta, la mayor parte de los venezolanos afronta la vida de un modo afirmativo, logra poco a poco abrirse paso y en el camino, lejos de corromperse va adquiriendo más bien conciencia de sí, consistencia moral, aprende a respetar y a hacerse respetar y va entablando relaciones leales y consistentes. Todo esto es nuestro mayor tesoro. No somos el bravo pueblo; somos más bien tranquilos y amantes de la paz y ansiosos de la convivencia. El crimen, gracias a Dios, aún nos causa estupor. Lo nuestro no es la violencia sino la fuerza tranquila de estar en lo que se está y de ser lo que se es. Ni estamos desesperados, ni queremos ser islas, ni despreciamos la vida. Así es todavía.

Hay una pendiente que puede inclinarnos hacia la violencia, la insolidaridad y el derrotismo. Si no se corrigen los mecanismos que van en esa dirección dentro de no mucho tiempo habremos perdido nuestra dignidad de pueblo. Es necesario rectificar. Para eso será preciso deponer esa mansedumbre, no precisamente evangélica. Lo que debemos modificar con gran urgencia es el tragarnos tanta injusticia en tantos órdenes. La violencia destructora no es ninguna alternativa sino el otro polo de la situación. Se requiere a nivel personal coraje cívico y a nivel social organizaciones autónomas. El proyecto que nos debe congregarse no tiene por qué ser quilmérico. Se trata de salvaguardar nuestros tesoros y lograr que encuentren expresión institucional.